

LIBROS

El exilio y el reino de José Angel Valente

«La vida es rápida, y los poemas deben poder abarcarse con una sola mirada». El aforismo es del poeta catalán Joan Brossa, y podría adoptarse como divisa o lema por parte de los cultivadores de la llamada poesía visual. El acelerado ritmo de nuestro tiempo exige la renuncia a hábitos y costumbres del pasado. En definitiva, la poesía debe adoptar también las nuevas formas, los nuevos signos que la cultura de masas propiciada por los modernos medios de comunicación social han convertido en universalmente inteligibles. La aventura es atractiva, y da pie para una experimentación amplia, donde el talento y el genio pueden manifestarse sin cortapisas ni limitaciones de ninguna clase. La galaxia de Gutenberg toca a su fin. La vieja poesía ha muerto, y sólo quienes se aferran al pasado, a los privilegios que la vieja cultura confiere a sus detentadores, siguen empeñados en presentárnosla como viva. Una imagen vale por mil palabras.

El párrafo anterior, dentro de cien años, por ejemplo, puede que se cite como ejemplo de mi clarividencia crítica y a mi nombre se una el calificativo de precursor. Sin embargo, los lectores me harán la gracia de no despojar, al susodicho párrafo, de la carga irónica que he pretendido darle. Y tergiversar el sentido de la última frase, para leerla así: Una palabra vale

por mil imágenes, si la palabra pertenece a algunos de los varios poemas felicísimos que debemos a José Angel Valente.

Punto cero (1) nos ofrece, completo, el «corpus» de esa poesía, escrita entre 1953 y 1971. Para quienes creen, como yo, que «la palabra de raíz poética, creadora y, por eso mismo, denunciadora de un lenguaje público que, reducido a la inmovilidad impositiva del discurso, ha perdido su validez, es decir, se corrompe, está corrupto», tiene aún una utilidad insustituible; el libro de Valente es uno de los más sólidos argumentos con que pueden contar en la España de la segunda mitad del siglo XX. Porque esa es, en último extremo, la causa que provoca aquella poesía: rescatar para



la tribu el sentido genuino, y oculto, de un lenguaje degradado y convertido en elemento opresor contra quienes son sus legítimos dueños y creadores. Y si de aforismos se trata, no se recata Valente en ofrecémoslos: «La poesía es, antes que cualquier otra cosa, un medio de conocimiento de la realidad»; «Toda poesía es, ante todo, un gran caer en la cuenta»; «La poesía aparece así, de modo primario, como revelación de un aspecto de la realidad para el cual no hay más vía de acceso que el co-

nocimiento poético» (2).

Pertenciente a la que se ha dado en llamar «segunda generación de posguerra», José Angel Valente publica su primer libro en 1955, a los veintiséis años de edad. Por entonces ya reside en el extranjero, donde sigue viviendo actualmente. Este alejamiento físico del «lugar del canto» (atenuado por periódicos, aunque breves, regresos) no es obstáculo para que el poeta incida, constantemente, en afirmar que:

*«Un poeta debe ser
[más útil
que ningún ciudadano*

[de su tribu]», colocando al hecho poético precisamente «en los antipodas de los procesos masivos de comunicación y de la cristalización impositiva de las ideologías o las ortodoxias», que nos han convertido a todos en exilia-

dos que añoran, a veces sin siquiera saberlo, el reino perdido. Por otra parte, el alejamiento le permite una reflexión, no sometida a agobios, sobre esos aspectos de la realidad, que sólo se nos revelan a través del conocimiento poético. Poesía moral, en suma, como la mejor que se ha escrito por españoles tras el final de nuestra última guerra civil. Y valgan los ejemplos de

(2) Véase «Conocimiento y comunicación», en Valente: *Las palabras de la tribu* (Siglo XXI de España, Madrid, 1971). Este libro recoge, además, los principales trabajos críticos o teóricos publicados por su autor a lo largo de quince años.

Jaime Gil de Biedma y Gabriel Ferrater.

Los tres primeros libros de Valente (*A modo de esperanza*, 1955; *Poemas a Lázaro*, 1960; *La memoria y los signos*, 1966) participan aún en los planteamientos más visibles de un grupo de escritores y artistas que creen en la eficacia de las armas culturales que crean. Muchos de los poemas de estos libros no responden tanto al deseo de desvelar o conocer la realidad como al de modificarla, o por lo menos al de reflejarla tal y como se persigue que sea. A partir de *Siete representaciones* (1967), Valente demuestra haber comprendido que para el poeta, como tal, no hay otra urgencia que el paso del tiempo; tiempo que nunca cura nada, sino que adormece, droga, embota, idiotiza. Para la poesía no existe el progreso, sino la necesidad de revelar, continuamente, la «verdad práctica», casi siempre oculta bajo eso que, «poéticamente», se llama la «pátina del tiempo», y que en tan raros momentos nos es dado conocer o hallar. Los libros posteriores (*Breve son*, 1968; *Presentación y memoria para un monumento*, 1970; *El inocente*, 1970, y *Treinta y siete fragmentos*, publicado por primera vez en *Punto cero*) no hacen sino indagar sobre las diversas posibilidades de desvelamiento de aquella evidencia, en una búsqueda única de disfraces o máscaras para destruirlos.

Preocupado ahora esencialmente por la eficacia de su lenguaje, según los versos citados más arriba, Valente avanza hacia una progresiva desnudez poética. Si en *Siete representaciones* existía aún un «argumento» sobre el que levantar la estructura del poema, en los más recientes, por lo general, desaparece este argumento junto con cualquier adorno o efectismo. Ante la falacia que afirma que todo depende de cómo se digan las cosas, Valente defiende el convencimien-

to de que sólo hay una manera de decir las, y cuando esta manera no se alcanza, en verdad no se ha dicho nada.

Por lo demás, nuestro poeta tiene el suficiente dominio sobre la retórica formal como para ser dueño y señor, sirviéndose de ella si la ocasión lo requiere; no cayendo nunca bajo su dictado, ni aun en sus dos primeros libros, en los que algunas imágenes estereotipadas no llegan nunca a empañar la frescura y autenticidad del conjunto. Y por encima de estas cuestiones menores está la coherencia de su pensamiento poético, mantenida a lo largo de toda su obra. Tómese como ejemplo, entre los muchos posibles, cuatro poemas, de cuatro libros distintos, con estructuras semejantes: «A don Francisco de Quevedo en piedra», de *Poemas a Lázaro*; «Maquiavelo en San Casciano», de *La memoria y los signos*; «Segundo homenaje a Isidoro Ducasse», de *Breve son*, y «Una oscura noticia», de *El inocente*. El tiempo, convertido en abstracción, es nuestro enemigo; sólo en lo concreto se encuentra la verdad práctica, fin de toda poesía según Lautréamont y José Angel Valente. Y como los cuatro personajes de los poemas citados, también nosotros descubrimos

*«Porque es nuestro el
[exilio.*

No el reino».
Punto cero nos señala además a los culpables.
■ MARTIN VILUMARA.

El destino ibérico

España y Portugal viven totalmente a espaldas de sí mismas. Y este aislamiento mutuo no puede enmascararlo la retórica oficialista con sus grandilocuentes proclamas sobre la fraternidad ibérica. Cuando voy a Portugal me siento, a un tiempo, muy extranjero y muy ibérico. Creo que esta dualidad de sentimientos, que surgen espontáneos nada más llegar al país

vecino, muestra muy a las claras la triste realidad de que no existe una efectiva comprensión afectiva entre las dos naciones ibéricas.

Por lo que antecede, me parece del todo punto necesario y urgente un mayor conocimiento real entre los pueblos ibéricos. Y desde esta perspectiva hay que acoger como un acierto la reedición en lengua castellana de la «Historia da Civilização Ibérica», de Oliveira Martins, uno de los hombres que más contribuyeron a introducir en Portugal la Primera Internacional Socialista. De este libro escribió Unamuno, uno de los escasísimos españoles de este siglo que conocía de veras Portugal, que «debería ser un breviario de todo español y de todo portugués culto». La edición actual viene avalada y potenciada por un penetrante prólogo de José Antonio Maravall, quien da cuenta ajustada de las circunstancias históricas en que se escribió este libro. Sólo así puede el lector actual tener una clara idea del alcance y significación de la obra de Oliveira Martins, aparecida en 1879.

En la Europa de la segunda mitad del siglo pasado, el tema de la nación centró la atención de los intelectuales más perspicaces del continente. Como muy bien señala Maravall, Oliveira Martins pertenece al numeroso grupo de pensadores lusos de la época que se interrogaron con radicalidad sobre el ser de la nación portuguesa, y que comprendieron que esta pregunta sólo podía encontrar respuesta válida si antes se ponía en claro el complejo entramado de las relaciones entre España y Portugal, de «as duas nações espanholas», como le gustaba decir a Oliveira Martins. «Historia da Civilização Ibérica» es el relato de cómo la formación de las dos naciones peninsulares se produce en un contexto de interrelación mutua, en un tener que contar recíproco una con otra. Justamente lo que no acontece

Siglo veintiuno de España editores s.a

historia universal siglo XXI historia de la filosofía siglo XXI historia teoría y crítica lingüística antropología sociología política economía psicología etología educación biología ciencia y técnica urbanismo y arquitectura ensayo crítica literatura cine teatro tesis latinoamericana literatura latinoamericana

XI
novedades

MICHAEL LOWY

La teoría de la revolución en el joven Marx

CLARA E. LIDA

Orígenes y desarrollo del Movimiento obrero español 1835

3.888 textos
y documentos

CLAUDIO
SANCHEZ-ALBORNOZ

Ensayos sobre Historia de España

QUINO

¡A mí no me grite!

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

Vol. 18:
Asia Sudoriental
antes de la época
colonial

CASETA N.º 21

XI EMILIO RUBÍN, 7
MADRID-33 ESPAÑA

Teléfono 200 69 78

ARTE • LETRAS • ESPE

ahora, y no precisamente por casualidad: ambos pueblos estamos padeciendo sus consecuencias.

Al mediar el siglo pasado, y esto lo subraya Maravall en su prólogo, se despierta en los mejores espíritus progresistas de España y Portugal la aspiración a «una homogeneidad democrática de la península», sobre la que «se espera poder alcanzar una solución que reconcilie la variedad y la unidad entre los pueblos del conjunto ibérico». Sin embargo, este iberismo de corte progresista y democrático se lo apropiaron las ideologías conservadoras y reaccionarias, y quedó convertido en «instrumento de represión ralentizadora».

La exposición histórica de Oliveira Martins del largo drama de los pueblos peninsulares considerado en su paralelismo y en su trabazón dinámica, tiene el mayor interés —con independencia de que muchos de sus juicios e interpretaciones de hechos concretos hayan sido superados por la historiografía posterior— como expresión de un pensamiento político genuinamente ibérico que buscó con afán y honradez una interpretación crítica del pasado común peninsular. Para desde ella poder preparar un futuro diferente y mejor, en el que los pueblos peninsulares, hermanados en un nuevo quehacer colectivo, tuvieran acceso a un auténtico protagonismo histórico legitimado por la voluntad popular. ■ PEDRO FERNAUD.

La práctica de una teoría crítica

Frente a tantas desventajas culturales de España respecto a otros países europeos, es grato poder señalar de vez en cuando alguna superioridad parcial; tal es el caso de la abundancia y excelencia de traducciones al castellano de las obras principales de

la escuela de Frankfurt. Comparadas con las versiones existentes en francés o inglés, España goza en esta parcela de auténtico privilegio en cuanto a número de obras disponibles, servidas en muchos casos por espléndidos traductores: Jesús Aguirre, Manuel Sacristán, Jacobo Muñoz... Esta bibliografía se aumenta ahora con una recopilación de escritos de Max Horkheimer, muy bien seleccionados y pulcramente traducidos (1), que representan una aportación fundamental el *corpus* frankfurtiano.

Horkheimer se presenta, en cierta medida, como la Cenicienta del grupo: no tiene la seductora y fecunda modernidad de Benjamín, ni el brioso y genio de Adorno, ni ha gozado las mieles de la popularidad multitudinaria como Marcuse; sus trabajos han sido siempre más académicos que los de sus camaradas, mucho menos brillantes estilísticamente, y, en los últimos años, de una radicalidad crítica bastante menor. Sin embargo, esto no resta en modo alguno interés al libro que aquí comentamos: en primer lugar, pese a las inferioridades señaladas respecto a otros miembros de la escuela, Horkheimer es autor de análisis espléndidos y penetrantes, como varios de los ahora editados en este volumen; en segundo lugar, porque incluso los textos menos notables de los frankfurtianos son muestras del más válido esfuerzo de pensamiento crítico que ha consentido este siglo, ampliamente preferible al cientifismo del marxismo «serio» o a la estéril nulidad de la sociología positivista.

La teoría crítica es deudora de Hegel en su propósito de acercarse mediadamente a lo supuestamente inmediato; mantiene el presupuesto de que nada puede ser alcanzado inmediatamente en el mundo de la universal mediación. El último reducto de la

exigencia de independencia intelectual, que todo niega o prohíbe y no por ello es menos necesaria, puede llamarse, de manera entre irónica y desafiante, *filosofía*; nada tiene que ver con las sabias apoloías del orden a los regímenes teológicos que prosperan en la Academia bajo ese nombre, pero tampoco —aún menos— con la pretensión de dar cuenta «de lo puramente objetivo», de lo que está ahí para ser mirado con frialdad lógica y rigor experimental, tal como sueña el cientifismo filosófico, la otra cara de la Teología. «Frente a ellos —recuerda Horkheimer— la reflexión, que permanece fiel a sí misma, sabe que es un todo y algo no concluido a la vez. Se parece menos al dictamen de un juez que a las últimas palabras de un condenado, a quien se interrumpe antes de tiempo. Este considera las cosas bajo un impulso que no es el de dominarlas». Sólo renunciando a adoptar el punto de vista del dominio, puede el pensamiento crítico enfrentarse al discurso dominante; es preciso recordar esto en los momentos que vivimos, cuando cada cual pretende batir al Señor con sus propias armas, y luego se extraña de no lograr más que la renovación del orden. El intelectual ha renunciado, en cuanto tal, a la máscara de la dureza: como sabe que el enemigo es la Muerte, se niega en cualquier caso a dar muerte a su enemigo. Elegir el pensamiento es optar por la ambigüedad como arma, frente a los netos perfiles de la opresión; pero quien se debate críticamente en lo ambiguo, no lo ha elegido por comodidad u oportunismo, sino por la amarga experiencia de que quien adopta un día la máscara de la dureza —de la Muerte— para mirar a la muerte cara a cara, nunca logrará retirarla de su rostro modelado a tan repugnante imagen y semejanza. Este es el único argumento que puede emplearse juntamente

contra el sistema filosófico cerrado, la doctrina «científica» de la Historia y el empleo sistemático de la violencia como camino de liberación. La teoría crítica se ve acusada de inoperancia, cuando no de complicidad inconsciente con el orden. Así no se consigue nada —se dice—, por ese camino no se va a ninguna parte; dado que todos los caminos han llevado a esa «ninguna parte» del dominio robustecido en que nos hallamos, cabría preguntar a quien así habla —cuáles son las prácticas contundentes que se han revelado inequívocamente liberadoras y fuera de toda sospecha de colusión con el dominio. Si bien es cierto que no podemos estar seguros de hasta qué punto esa práctica negativa, que es la teoría crítica, aumenta de algún modo las condiciones de la libertad, parece posible afirmar que su misma ambigüedad la preserva de ser franco instrumento del orden, como ocurre con las doctrinas de la acción «meta e inmediata».

El volumen editado por Barral contiene textos tan importantes como «Montaigne y la función del escepticismo», «Arte nuevo y cultura de masas» y «Razón y autoconservación», que cuentan como lo más logrado de Horkheimer y entre lo más granado del grupo de Frankfurt. Quizá el texto sobre Montaigne sea el más importante de todos, pese a su final excesivamente afirmativo. En todo caso, es importante considerar la fecha de publicación de estos trabajos: 1938, 40, 41... Si el interés de la teoría crítica no ha declinado en cuanto a la vigencia de sus logros, puede que la pertinencia de su método se nos quede hoy un poco angosta. Quizá debamos buscar otro estilo para no mecanizarnos en la admiración de cómo hombres enérgicos afrontaron los problemas candentes de su tiempo; hoy, los problemas son básicamente idénticos, pero el tiem-

(1) «Teoría crítica», de Max Horkheimer. Barral editores.